

Globalización, capital y Estado

Esteban Lengyel*

Joachim Hirsch. *Globalización, capital y Estado*. Edición y prólogo de Gerardo Ávalos; traducción de Gabriela Contreras, Sandra Kuntzy Ulrich Schmiedel. México, Departamento de Relaciones Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 1996, 132 pp.

Cuando Gerardo Ávalos invitó a Joachim Hirsch a dictar un ciclo de conferencias sobre el estado actual que guarda el mundo, poco se imaginaron ambos que el público en el auditorio de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, aumentaría notablemente cada día. Hirsch se había convertido vertiginosamente en un secreto a voces entre la juventud universitaria, virtualmente ignorado por las generaciones mayores del profesorado.

Casi desconocido en América Latina —sus escritos prácticamente no han sido tra-

ducidos—, el profesor de la Universidad de Francfort en el Meno y publicista crítico, se ha convertido en uno de los más importantes analistas de la economía política del sistema internacional. Después de muchos años de investigación, observación, evolución analítica y reflexión, ha alcanzado esa rara virtud: lograr un pensamiento original, radical (*radis* = raíz) y profundo, y expresarlo con sencillez y claridad.

La compilación hecha por Gerardo Ávalos en interacción con Joachim Hirsch, *Globalización, capital y Estado*,¹ merece por su temática, riqueza de análisis crítico y brevedad un lugar junto a libros como *Política y cultura a finales del siglo XX* de Noam Chomsky, *Empire du chaos* de Samir Amin y *Empire or Republic* de James Petras y Morris Morley.

El pequeño libro de Hirsch consta de dos partes: la segunda, la más importante, de la

* UAM Xochimilco.

¹ A lo largo de la reseña me he apartado levemente de la traducción impresa, para lo cual he consultado los originales del autor en alemán. La versión más elaborada y reciente de la cosmovisión económica, política y social de Hirsch se encuentra en su libro *Der "nationale" Wettbewerbsstaat: Staat, Demokratie und Politik im globalen Kapitalismus*, Edition ID-Archiv, Postfach 360 205, Berlín, 1995, 213 pp., 28,-DM.

que se deriva el título del libro, constituida por las cuatro conferencias de diciembre de 1995, en las cuales el autor sintetiza de manera extraordinaria y didáctica su visión del mundo; y la primera, compuesta por cinco ensayos temáticamente relacionados, escritos entre 1992 y 1995, que versan sobre movimientos sociales, democracia, el Estado nacional y la globalización del capital. Esta parte sirve de apoyo y profundización para muchos argumentos y afirmaciones planteados con menor detalle en las conferencias de Xochimilco.

A partir de definir la "globalización", convertida hoy en fetiche amorfo, satanizado y adorado, y la "globalización del capital", Hirsch explica el surgimiento, en el siglo XX, auge y ocaso del Estado benefactor o "fordista", y su transformación, a partir de los años setenta, en lo que él llama un fuerte "Estado nacional de competencia", una nueva forma de Estado autoritario con fronteras herméticas (ocasionalmente regionales), cuya función primordial interventora en lo económico y sociopolítico es mejorar, mediante una "política de lugar óptimo", las condiciones locales para la valoración del capital a escala mundial. Esta política implica el desmantelamiento de los derechos laborales históricos y de los servicios sociales y la "desdemocratización", sin fracturar en lo posible el cascarón hueco de la democracia formal con sus luchas electorales como "actos deportivos" y sus debates parlamentarios como *"talk shows"*. La resistencia social es reprimida por la buena, mediante la manipulación, el "embrutecimiento permanente" y la xenofobia nacionalista, o por la mala, cuando no hay de otra. Hirsch propone un "reformismo radical" subjetivo y objetivo, individual y colectivo, a partir de la creación de formas independien-

tes de auto-organización, al margen de los partidos políticos y del aparato estatal, del que inevitablemente forman parte.

En la vida cotidiana, señala Hirsch, "globalización" quiere decir casi cualquier cosa, "de cierta manera es un fetiche", una palabra utilizada frecuentemente "sin ser entendida, en la mayoría de los casos, con precisión", teniendo a menudo "significados contrapuestos" que, empero, comparten la premisa de aludir "a algo así como a un poder oculto que mueve el mundo, que determina todas nuestras vidas y nos domina cada vez con más fuerza" (p.84). Lo mismo se refiere, por ejemplo, a la sociedad mundial democrática que al caos global y a las catástrofes climático-ecológicas.

A nivel analítico, prosigue Hirsch, la "globalización" puede diferenciarse en lo *técnico* (la implantación de nuevas tecnologías), en lo *político* (fin de la Guerra Fría), en lo *ideológico-cultural* (universalización de ciertos valores y del modelo de consumo capitalista) y en lo económico (libre comercio). Nos recuerda, además, que "el capitalismo es un sistema global desde su origen"; que el colonialismo y el imperialismo "pertenecen a sus características estructurales decisivas" (p.86).

Hirsch explica "globalización" como un concepto que "se refiere, en esencia a un proceso *económico*" (p.86). Está en lo correcto, pues ese concepto nació por 1960 en alusión al comercio y las finanzas internacionales en la prensa capitalista; en plena era "keynesiana" o "fordista", como dice Hirsch, inspirado en la escuela regulacionista francesa.

El Estado fordista comenzó su caída alrededor de 1970. Sus principales características

fueron, sintetiza Hirsch, "un grado relativamente alto de intervención estatal socioeconómica, una política planificada de crecimiento, de repartición del ingreso y de ocupación, así como la paulatina ampliación de los sistemas de bienestar. Su base política era la institucionalización de amplios compromisos de clases a través de la incorporación de los partidos políticos socialdemócratas y los sindicatos en los procesos políticos de regulación" (p.96) En la periferia del sistema mundial hubo réplicas de corporativismo y regulación estatales de diferentes tipos. Este modelo funcionó, según Hirsch, dentro del marco de:

fuerzas tendencias de neocorporativismo liberal. La regulación social organizada estatalmente valió como condición importante en el proceso de crecimiento económico, dirigido sobre todo al desarrollo del mercado interno. El creciente ingreso de las masas y la ampliación del Estado de bienestar fueron obtenidos en esencia ciertamente por medio de las organizaciones de los movimientos obreros. Al mismo tiempo eran un apoyo económico importante de la producción en masa taylorista-fordista y del modelo de consumo masivo. El hecho que bajo las condiciones del fordismo parecían compatibles las crecientes ganancias del capital con incrementos a los ingresos de masas se logró sobre la base de todo un sistema político completo y de un tipo de Estado. Esto hizo posible la fase histórica única de un capitalismo de reforma con intervención estatal (pp.96-97).

La caída de la rentabilidad del capital bajo esas condiciones hizo necesario iniciar la destrucción de los compromisos fordistas,

"meta esencial de la estrategia de la globalización" (p.97). El socavamiento de las bases económicas y sociales del Estado fordista consistió "principalmente en una liberación amplia y completa, no solamente para la circulación de bienes y servicios sino especialmente del dinero y del capital" (*Ibid.*).

Como consecuencia de estas medidas, "la política nacional estatal es determinada directa e indirectamente por los movimientos internacionales del capital" y "los intereses del capital transnacionalizado se convierten en determinantes directas de la política nacional estatal" (*Ibid.*). Por lo tanto, el mantenimiento de la red social y de derechos proporcionados por el Estado de bienestar "afecta la rentabilidad del capital dentro de la correspondiente ubicación nacional" (p.98).

El sometimiento a las presiones del capital obliga a cada Estado a poner en práctica una política de lugar óptimo para "crear, dentro de las respectivas fronteras nacionales, condiciones óptimas para la valoración del flexible capital internacional" (p.99). Esto significa "la disminución de los ingresos de las masas y la reducción de servicios sociales", es decir, la aplicación de la popularmente llamada "política neoliberal de austeridad". También implica "mantener reducidos los estándares ecológicos y asegurar la estabilidad política sobre la base de la represión de los intereses de la población inconforme". De esta manera, "se impone a escala internacional una política cada vez más fuerte de 'austeridad competitiva' [que] confina a las poblaciones dentro de fronteras nacionales, pero no al capital". Aquí Hirsch omitió mencionar una "subsidiariedad óptima", complemento imprescindible de la austeridad competitiva; es decir, "exteriorización" de

costos y subsidios fiscales, públicos y estatales al capital que rebasan cualquier modelo económico anterior, incluyendo el fordista. En la periferia, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han sido cruciales en la imposición de la austeridad y subsidiariedad competitivas. El análisis de Hirsch sirve además para entender la creciente impermeabilización paramilitarizada de fronteras y su complemento jurídico, que aparecen así como contraparte imprescindible, como parte inherente a la internacionalización del capital.

A ese nuevo tipo de Estado capitalista "renacionalizado", Hirsch lo llama "Estado nacional de competencia". Se trata de "un Estado cuya política y estructuras internas son determinadas decisivamente por las presiones de la "competencia internacional por el lugar óptimo" (p.100). Sus dos características fundamentales son: una, "hacer óptimas las condiciones de valoración del capital a escala nacional en relación con el proceso de acumulación globalizada en continua competencia con otros 'lugares óptimos nacionales'" (*Ibid.*); y dos, la "desdemocratización *dentro* del marco institucional de la democracia liberal"; es decir, que las decisiones políticas fundamentales son desvinculadas de "los procesos democráticos de formulación de voluntades y de los intereses expresados por la población" (*Ibid.*).

El Estado nacional de competencia es, subraya Hirsch, "fuertemente interventor, económica y socialmente" —todo lo opuesto al discurso neoliberal—; "se somete directamente a las fuerzas de los hechos del mercado mundial" y conserva convenientemente la democracia como cascarón hueco, donde tiene poca importancia quién posee la

mayoría parlamentaria o quién sea elegido presidente. La función de las instituciones democráticas conservadas es convertirse en "mecanismos para la implantación de los intereses del capital internacional y para la autorreproducción de las élites de poder político y económico" (p.104). Hirsch acota que "fueron los mismos Estados dominantes los que impulsaron la globalización y, con ello, su propia transformación. Su debilitamiento en cuanto a la efectividad de los procesos democráticos es el resultado de un cálculo político estratégico" (p.102). La política del lugar óptimo, de austeridad y subsidiariedad competitivas, permite argumentar que no hay alternativa al desmantelamiento progresivo y sistemático del Estado de bienestar.

Hirsch retrata a un sistema nacional e internacional basado en el chantaje irrefrenable económico y político, un círculo diabólico donde cada cesión ante el chantaje prepara las condiciones para futuras exacciones más draconianas. Además, la globalización capitalista "significa al mismo tiempo una renacionalización de la política", "una creciente cantidad de guerras y guerras civiles", crecientes movimientos masivos de migrantes y refugiados, y también "un claro crecimiento del nacionalismo, racismo y 'chauvinismo de bienestar'", contra el uso por forasteros de los servicios sociales que todavía no han sido suprimidos por el Estado (p.92).

El chantaje subyacente a la política de lugar óptimo y la proliferación de Estados nacionales de competencia conducen a la transformación de la guerra económica en una guerra civil mundial:

La construcción ideológica que sirve de base para el Estado nacional de compe-

tencia será cada vez más dominante en el plano mundial. Esto significa que el principio de la competencia por el "lugar óptimo", aunado al creciente racismo y nacionalismo, determinará el pensamiento aun de aquellos que son perdedores de este desarrollo. En la conciencia general parece imponerse cada vez más la idea de que no existe ninguna alternativa para la forma política del Estado nacional de competencia y su concomitante principio de guerra civil mundial de carácter económico. Con esto aparecen y se desarrollan rasgos totalitarios, aun ahí donde formalmente todavía funcionan las instituciones democráticas. Si la democracia ya no significa más que un medio para combatir a los otros y con esto se convierte en un mecanismo de administración del dominio, la explotación y la subyugación, entonces la democracia se transforma en su contrario (p.104).

En 1989 cayeron dos imperios, según Hirsch: el soviético y en cierto modo el estadounidense. Existen ahora tres centros competidores capitalistas: Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, sin que todavía se vislumbre cuál pudiera eventualmente resultar vencedor. Fue esta pluralización del centro capitalista lo que contribuyó al ocaso del fordismo. Hirsch advierte que "objetivamente existe una situación de guerra económica más o menos latente" (p. 110). Por lo tanto, la globalización significa a la vez una fuerte regionalización del capitalismo, donde "el liberalismo global y el libre comercio se unen con un proteccionismo regional cada vez más evidente [pues] en su lucha competitiva para fortalecer su posición y obtener o ampliar sus zonas de influencia regional, todos estos centros tratan de delimitarse recípro-

camente e intentan someter a los otros a su control político y económico" (*Ibid.*).

La competencia dentro de la "triada" capitalista revela modelos de capitalismo distintos, lo que explica que vulgarmente se cae a veces en explicaciones meramente culturalistas, que soslayan o ignoran los atributos económicos, las estructuras de clase e instituciones distintos.

Con la globalización, la ubicación del Tercer Mundo o la periferia capitalista es mucho más difícil de precisar. Por un lado, ya hay Tercer Mundo en el seno de las metrópolis mismas; por el otro, puede resultar menos onerosa una relación de dependencia y explotación, pues "existe un destino peor que el de la explotación económica; es decir: no ser mucho más que un lugar para depositar basura, algo menos que un enclave turístico o tan sólo riesgo para la seguridad controlado por las denominadas intervenciones militares 'humanitarias'" (p.112).

Hirsch compara a los "tigres" asiáticos con América Latina. Observa que los Estados "tigre" respondieron a la crisis del fordismo, reemplazando la política de sustitución de importaciones por una estrategia de diversificación de exportaciones y de integración activa al mercado mundial. Estos gobiernos altamente autoritarios tenían gran autonomía "frente a las clases sociales en su conjunto", lo que les permitió "ejercer una política económica y de desarrollo propia" ante el capital. Además, habían llevado a cabo reformas agrarias amplias —abolición de oligarquías agrarias tradicionales—, existían organizaciones productivas con monopolio estatales, y estructuras de clase en el sentido capitalista más igualitarias que en Latinoamérica (pp. 114-115).

Por ejemplo, en México, la reacción a la crisis del fordismo fue abrir "un enorme campo a la gigantesca especulación financiera y una notable corrupción, así como para el gran crecimiento de los subsidios improductivos, incrementando de manera grave su dependencia internacional" (p.115).

La globalización del capitalismo y el Estado nacional de competencia socavan dos fundamentos decisivos de la democracia liberal: "el principio del gobierno responsable" y el de "un 'pueblo' democrático con capacidad consensual". Hirsch advierte que:

Mientras se dicten mayores decisiones políticas fundamentales por parte de aparentes "circunstancias forzosas" de la economía global, más vacía y carente de sentido será la función de los procesos democráticos a nivel estatal nacional. Y mientras más pronunciadas sean las desigualdades de "ciudadanía". El "pueblo" se desintegra con mayor fuerza en grupos que no se toleran, combatiéndose entre sí (p.119).

Frente a este panorama, Hirsch plantea un "reformismo radical" basado en una "política de organización y de fortalecimiento de las estructuras 'socio-civiles' alternas", al margen del poder del Estado, lo que "necesariamente conducirá a fuertes conflictos, no sólo con el aparato estatal sino también con las estructuras del poder de la sociedad civil prevalecientes", incluyendo los partidos po-

líticos, las empresas capitalistas y los medios masivos de comunicación. Es primordial "crear las condiciones que hagan posible reflexionar a los seres humanos" para recuperar conciencia histórica, poder discutir libremente sobre problemas y aspiraciones y "abrir la posibilidad de llegar a ideas colectivas de una sociedad verdaderamente humana". Para ello es imperativo "liberarse del embrutecimiento permanente y de la dependencia que dictan las estructuras sociopolíticas dominantes [...] No se trata de propagar modelos sociales prefabricados, sino de crear las condiciones para que la gente misma se desarrolle" (p. 130). Hirsch plantea recuperar la tradición de la Ilustración y ejercer una práctica política y social que apunte hacia una transformación subjetiva y objetiva de los individuos y de la colectividad.

Lester Thurow ha declarado recientemente que si el neoliberalismo no es implementable en la democracia, tendrá que haber otra forma de gobierno. Joachim Hirsch advierte sobre esto, y ha hecho una aportación invaluable para descubrir y entender algunas de las tendencias más peligrosas y contrademocráticas del mundo contemporáneo. Es sumamente afortunado que, por primera vez, aparezca un libro de este importante pensador social radical en español, aunque sea en un tiraje ínfimo —500 ejemplares—, que en el siglo después de Gutenberg, siglo XVI, era la norma. Otra señal de la involución histórica que vivimos.